

ESPINAS

Fabiola García H.

Espinas

Fabiola García H.

Espinas

Primera edición, marzo 2022

D. R. © Fabiola Hernández García

Imagen de portada: Scott Webb / Unsplash

Fuego Ediciones

Camposanto, núm. 16, Las colonias,

Atizapán de Zaragoza, Estado de México, C. P. 52953

ISBN: en trámite

Queda autorizada la reproducción de este libro de forma parcial o total por cualquier medio, siempre y cuando sea sin fines de lucro y se acredite la propiedad intelectual de la autora y de la editorial. Las características de diseño, composición y formato son propiedad de la editorial.

Hecho en México / Made in Mexico

ESPINAS

Fabiola García H.



Introducción

Desde que escribimos ha existido en nosotros un interés por descifrar ese acto de poner en palabras otros mundos. Paradójicamente, escribir no sólo es traer a lo físico algo que existía antes, es también un estallido, un *hacer*, el origen de lo que guarda en sí esa naturaleza mágica.

Mucho se ha dicho sobre la literatura y los géneros que permanecen en sus lindes: la escritura autobiográfica, los diarios, la no ficción, los relatos o los ensayos literarios. Pero más allá de que se consideren literatura, esta escritura posee la misma esencia creadora, cuyo fin es la generación de nuevas ideas, sensaciones o emociones.

En este sentido, los textos que integran este libro difícilmente podrían clasificarse como verdadera literatura o escritura académica, ya sea por la libertad formal o por su carácter íntimo, sin embargo, los reúne como parte de una misma entidad la inquietud innata sobre temas como la enfermedad, la libertad, las cadenas, los ritos y las expresiones que llevamos a cabo para tratar de descifrar quiénes o qué somos.

Estas cuestiones buscan respuesta en una serie de ensayos y relatos que fueron hechos con propósitos muy diversos, pero que guardan una relación sanguínea evidente y forman un ciclo que nos lleva de la enfermedad, pasando por los ritos donde buscamos respuestas y acabamos encontrando dioses, hasta el florecimiento de la escritura del sí mismo, que es también el otro.

El proceso que plantea este libro es el del reconocimiento, el de la conformación de un cuerpo a partir de palabras, el de la búsqueda y el coraje de sobrevivir a todo aquello que nunca comprenderemos; es una invitación al viaje, a arrancarse las espinas que poco a poco van cubriendo nuestra esencia para resguardarla. En suma, busca ser el comienzo de un nuevo ciclo para que el lector reconozca sus propios agujones y los abrace.

Edvard Munch ante la muerte

La enfermedad puede entenderse como una alteración que perturba el bienestar de un ser vivo; un movimiento discontinuo que deforma la percepción, pues en ella está latente y visible la presencia de una muerte que se suele olvidar. Los rostros de la vida y la muerte son representaciones de lo absoluto que quizá nunca llegaremos a tocar, pues el continuo movimiento que lo anima todo nos impide acercarnos. No poseemos el tiempo en el que nos sostenemos y los instantes son apenas chispazos que recordamos con imprecisión.

La deformación de la normalidad cotidiana constituye para Edvard Munch la búsqueda de lo esencial, lo que perdura de la fugacidad. La pintura es un testigo de momentos súbitos que poseen en sí mismos un testimonio de ese absoluto; en ese sentido, el pincel y la paleta son la palabra que lucha por nacer y transmutar en emoción y belleza lo indescifrable de la experiencia vivida.

Edvard Munch solía decir, “Yo no pinto lo que veo, pinto lo que he visto”. Este detalle es clave en su obra, ya que define la línea hacia la que apunta la creación: recuperar el instante exacto en que un hecho impacta el alma. No hay visiones iguales, pero se puede intentar reproducir la emoción causada.

Por esta razón, los temas de las pinturas de Edvard Munch son de una intimidad brutal en el sentido de la experiencia, pero son también universales, por lo que el

hombre y las profundidades de su alma están siempre presentes. Quizá por ello algunas de las imágenes que más recordamos son rostros sin rasgos definidos, figuras desdibujadas semejantes a fantasmas, encarnaciones puras de una emoción.

La búsqueda del propio rostro es guía en la enfermedad, en la que se separa la mente del alma permitiendo a fantasmas y demonios anidar en el sistema nervioso de un ser sin fronteras. La imagen, único vestigio de lo real, se convierte en el medio y el fin para mirarse y comprender.

Pero el afán de capturar un momento estático y poderoso no termina cuando la realidad se reproduce, por ello, aunque Munch tenía una gran pasión por la fotografía, nunca dejó de pintar. “La cámara fotográfica no podrá competir con el pincel y la paleta mientras no pueda utilizarse en el cielo y en el infierno”.

Pintura y fotografía son caminos diferentes en la comprensión de lo humano desde la lente y el color del sí mismo; punto focal que direcciona la luz y la estructura del mundo en fragmentos dispuestos de tal manera que los contornos se desvanecen y se transponen cosas, ideas y entidades en el tejido de la creación.

La enfermedad es probablemente algo con lo que nacemos o algo que más tarde nos envuelve, es una herida abierta que, sin embargo, permite vivir en ámbitos diversos, transformarse, reescribirse y crear mundos, visiones o cicatrices, huellas de lo absoluto en nuestro cuerpo.

Tríade

*Si en mis ojos hay diluvios,
en los tuyos leo destino.*

Gustavo Cerati

Sé quién soy por cómo escribo. Siempre sobre el silencio y con un lápiz de madera, a veces de dibujo. Lo hago así por razones esenciales, porque he escrito un montón de mitos y nombres que se han transformado en símbolos y ritos. Todavía no he llegado a ver la cara de mis dioses, pero sé que en ese acto hay algo que no soy solamente yo. La escritura crea un tiempo y espacio distintos en los que nos acercamos a lo desconocido, tomamos conciencia de nosotros y esperamos oír la voz de lo absoluto.

Lanzamos una pregunta y esperamos algo a cambio, propiciamos la respuesta, aunque sólo sea una leve interrupción del silencio. Queremos ser parte de lo sagrado, incluso si nuestros ritos son de carácter profano o si nuestros dioses no tienen nombre, aspiramos al misticismo.

Fuera del ámbito religioso, creamos una experiencia personal alineada con una mitología particular. Los rituales que seguimos en la vida cotidiana siguen pretendiendo ese trance fuera de la normalidad, el asombro y la certeza de que somos parte de un todo más allá de nosotros mismos. Por qué si no seguimos leyendo nuestro horóscopo cada semana o tomamos

el café de la mañana en una misma taza o escribimos o tomamos té o leemos el tarot.

Sé quién soy también por cómo leo. La lectura me lleva siempre a sitios distintos con algo que decirme sobre lo mismo. Cuando leo mis cuadernos me sorprende la permanencia de ciertas palabras que son como un *axis mundi*: nombre, absoluto, silencio, carne, tristeza y verdad. También he llegado a conocer las palabras de otros y a traducirlas; a veces las transcribo porque, como Rilke, quiero que broten, aunque ilusoriamente de mí, con su propio tiempo y espacio; porque, en fin, quiero ser escrita.

Con ello entiendo que a pesar de todo me pertenecen estos actos, su origen y propósito con lo que quiero y lo que no quiero saber, porque al final la experiencia del rito es personal, pues la vivimos desde un tránsito que sólo nosotros hemos recorrido y mediante el cual buscamos apropiarnos de lo que nos excede. A veces en los diluvios no sé quién soy, pero busco y lo malentiendo todo para permanecer: un poco a mi favor, un poco en mi contra.

Movimiento y amor

Uno de mis ritos personales es volver a ver ciertas películas en las que me siento como en casa. Nunca he estado en Hong Kong y no conozco más de lo que mi cotidianidad ha dejado pasar desde ese país ajeno, pero me sé de memoria las calles, los locales, las casas y los sonidos de una idea que revive siempre en sitios distintos. En mí y en la pantalla, porque cuando vuelvo a ver *Chunking express* confirmo la frase de Wong Kar-Wai: “ni estas películas son las mismas ni nosotros lo somos como público”.

Veo *Chunking express* y la velocidad, las imágenes borrosas, la voz en off y los personajes me hacen pensar que enamorarse es ese movimiento incesante en el que enfocamos lo desconocido, el coqueteo con conceptos y figuras extranjeros, acciones con sentidos más mágicos que simbólicos, escenas proyectadas para espectadores que no son nunca lo mismo.

En *Chunking express* una cara del amor es la imagen de una camisa de azafata que vuela con el viento mientras un avión atraviesa el cielo. También es el reclamo cariñoso de un policía a un trapito viejo y roto que escurre agua porque se ha descuidado a sí mismo. Es “California dreamin” sonando a todo volumen y unas gafas de sol en un ambiente nocturno.

Dice Gaston Bachelard que imaginar es deformar imágenes, siempre un movimiento desplazado; así construimos un lenguaje vivo hecho de metáforas, cuyo sentido va más allá

de la realidad física. La experiencia del cine es para mí completamente una metáfora y mi ritual de repetir historias es una manera de leerla y traerla a la vida.

Quizás el movimiento no sea en lo primero que pensemos al hablar del amor, pero involucra la capacidad de hacer más grande el mundo, de crear y de transmitir una imagen viva y autónoma con posibilidades infinitas de ser. El tiempo, los rituales, los objetos y los espacios son en *Chunking express* testimonios de ese movimiento deformador y creador; son, en suma, metáforas del amor.

Llevo a cabo este rito de volver a ver películas cuando necesito estrellarme contra la pantalla y volver a casa con algo nuevo.

Narrarse a partir del otro, un acercamiento a Henry Miller

En *Trópico de cáncer* de Henry Miller hay un epígrafe de Ralph Waldo Emerson donde consigna la importancia de los textos literarios de corte biográfico. Él afirma que su función tiene que ver con una búsqueda de la verdad a partir de la experiencia. Esta búsqueda corresponde a un ámbito particular el cual se inclina hacia lo universal, es decir que nace del dominio del yo pero tiende siempre hacia el otro.

Irónicamente en la literatura egotista hay un dialogismo fundamental con múltiples voces en cuya mezcla desaparece la voz del autor, pues esa búsqueda que el escritor emprende lo lleva hacia el exterior de su propio perímetro. Es decir, hacia un diálogo intertextual.

Múltiples vivencias, reales o ficticias, construyen en *Trópico de cáncer* un viaje sin limitaciones de ningún tipo que se vuelve el retrato de un yo que no es sino la síntesis de éste y la afirmación o negación del otro.

La cotidianidad sombría y sucia de París, los personajes extravagantes, la sexualidad, la melancolía y el hambre son una cara tan verdadera de la sociedad en la que nacen, como lo es la fase luminosa de la que todos quieren hablar.

Lo mismo con la literatura, fuera de convenciones Miller buscaba una expresión más sincera y real, para lo cual había

que querer conocer todas las caras de lo que se narraba. Por ello era tan necesario el diálogo entre las más contradictorias voces y había que construir la imagen de uno mismo a partir de la experiencia propia que es a la vez la experiencia de los demás.

Henry Miller se narra a partir de la vivencia y los personajes con los que interactúa, de manera que crea una expresión veraz de esa experiencia y una imagen igualmente verdadera del hombre que narra y, sobre todo, que lee.

Pero quizá lo más valioso de esta manera de escribir sea que no se pueda nunca encontrar la identidad propia, pues en el momento de exteriorizar sobre el papel lo que creemos ser, lo narrado deja de ser una cuestión personal. El potencial de roles que podemos adoptar es infinito, tanto como lo que podamos escribir.

Creo que la importancia que Ralph Waldo Emerson presagiaba en la literatura biográfica no tiene tanto que ver con la relación de la realidad con lo ficticio, sino con sus mecanismos y objetivos, es decir, con el sitio donde nos colocamos y al cual queremos llegar, pues en estos libros el móvil que los impulsa es la búsqueda del yo a partir y en relación con lo desconocido que bien podemos nombrar como el otro.

Sola-Morales, S. (2017). Fundamentos de la literatura egotista: los relatos del yo. *Escritos*, 25 (55), pp. 485-512. <https://revistas.upb.edu.co/index.php/escritos/article/view/680>

Los retratos en la pintura de Juan Soriano

Los diarios literarios son quizá uno de los géneros que más disfruto leer, hasta ahora no me he detenido a pensar en cuál podría ser la razón para eso. Creo que tiene que ver con la libertad que ese espacio permite al escritor, con la sinceridad que hay en ellos y con una visión múltiple y a la vez única del mundo y del yo. En la pintura me sucede lo mismo con los retratos y autorretratos; encuentro en ellos un triángulo semiótico, un diálogo entre el pintor, el retratado y el espectador, siempre distinto.

En pintura el retrato está limitado a dos dimensiones que deben tener la capacidad de dar vida al universo de la persona retratada. Pero no sólo los autorretratos capturan la esencia del pintor, los retratos también enuncian el universo del autor. Un ejemplo son las obras del pintor mexicano Juan Soriano (1920-2006), famoso por sus esculturas monumentales y retratos. El pintor jalisciense discípulo de Jesús Reyes Ferreira, “Chucho” Reyes, es reconocido por haber pertenecido a la Generación de la Ruptura y por su trabajo en el teatro, la pintura, la escultura, la cerámica y la docencia.

Juan Soriano recuerda que desde pequeño los rostros y rasgos de la gente le provocaban especial inquietud y que con el paso del tiempo encontró lo fascinante que era el cambio en

cada persona de un momento a otro. Quizá una de las figuras que más lo impactaron fue la de Guadalupe Marín, “Lupe Marín”, novelista y modelo mexicana, a quien dedicó en 1962 una serie de retratos entre los que se incluyen dibujos, pinturas, acuarelas y bocetos.

Sobre estos retratos Juan García Ponce escribe:

En la figura de Lupe Marín, Soriano ve todo un aspecto de la vida de México durante los años que determinaron su formación y ve, además, algo que va todavía mucho más adentro: la imagen arquetípica de la mujer. En sus dos aspectos la modelo tocaba de este modo dos elementos fundamentales en la vida de Soriano: la realidad histórica, podríamos decir, en que le ha tocado desarrollarse como persona y como artista, y la psicológica, que en cierta medida determina su manera de enfrentarse a esa realidad. [1]

Hay, evidentemente, una conexión entre la figura de la retratada y la visión personal de Soriano. Los rasgos cambian en cada representación, a veces las manos, a veces la nariz, a veces los ojos; el protagonismo de cada uno va más allá del estilo o la búsqueda de la perfección. Lo que parece querer decir cada imagen es algo que abarca mucho más que solamente un rostro o una visión, es la revelación de una verdad que de tan particular es también universal.

La sinceridad es impresionante, es tan real e íntima que no necesita mirarnos a los ojos; lo que tiene que decir es a fin de cuentas un mensaje cifrado en el lenguaje de cada uno. En el momento de observar nos enfrentamos con una realidad

[1] García Ponce, J. (1962). Lupe Marín por Juan Soriano. *Universidad de México*, pp. 26-28. [https://www.revistadelauniversidad.mx/download/afa5e5f8-e51b-4108-9cd1-82637875b25d?filename=lupe-marin-por-juan-soriano-\(ii\)](https://www.revistadelauniversidad.mx/download/afa5e5f8-e51b-4108-9cd1-82637875b25d?filename=lupe-marin-por-juan-soriano-(ii))

capturada en el tiempo a través de una lente dirigida específicamente a nosotros, como si fuéramos el punto de partida y también el de llegada.

La historia del arte nos dice que los primeros retratos de las civilizaciones antiguas eran representaciones de dioses y gobernantes, luego de figuras alegóricas y bíblicas, y posteriormente en el barroco fueron signo de estatus y poder. En esta época los retratos se acompañaban con símbolos.

Se da así una especie de transformación de un carácter sagrado a uno profano, pero con el mismo objetivo de exaltar, descifrar o traducir lo que una persona es en un momento determinado. En los retratos modernos el énfasis muchas veces recae en el rostro y en los ojos porque a través del tiempo éstos se han consolidado como el signo más evidente del alma.

En el caso de Juan Soriano resulta curioso que la mirada no siempre es directa y que el símbolo va más allá de ser un acompañamiento, sino que toda la figura se enuncia en el cuadro como una representación o abstracción de lo que encarna una persona. Esa característica tampoco se limita a la interpretación ni del retratado ni mucho menos del autor, aunque definitivamente exista un diálogo que sucede en quien observa.

A pesar de ello, el encuentro entre la imagen y el espectador parece casual, en ocasiones nos confronta, pero otras sólo observamos desde fuera como sorprendidos en el mismo hastío o interés de un momento cotidiano en el cual miramos por la ventana, escribimos o nos encontramos de frente con nuestra propia imagen.

En los diarios podemos encontrar retazos de situaciones y experiencias, fragmentos con una visión especial del momento en que fueron escritos, también reflexiones posteriores que

van construyendo de a poco la imagen de quien escribe y, mientras leemos, también la nuestra. Se trata de un proceso de abstracción y síntesis en el que, como si fuéramos Picasso, imaginamos una pierna, un ojo o un dedo en su forma más esencial y a partir de cada pieza construimos una visión del otro que también refleja al observador.

La hora del té

He vuelto a tomar té. Pongo mi enredadera de angustia y vacío junto a las bolsitas con trozos de flores, hierbas y jamaica, me inyecto el líquido ligeramente rosa directo en el torrente sanguíneo y baso toda mi esperanza en el cristal de la taza. Transparencia, todo lo que ansío. Estoy asustada, tengo problemas para recordar largos periodos de mi vida. La posibilidad de hallar la eternidad desapareció, pienso. La mezcla va calentando mis pies siempre fríos y dejo de sentir poco a poco este ardor en el rostro, minutos después solo quedan en el fondo de la taza los restos secos de lo que una vez latió dentro de la tierra.

Hace semanas que imagino escenarios apocalípticos, zombies, extraterrestres, terremotos; ayer soñé con ratas que devoraban a media humanidad. Quizá estos sueños tengan algo de cierto y en algún lugar haya un planeta derrumbándose. O tal vez solo soy yo y la falta de memoria que me pone en una especie de frontera, algún tipo de mecanismo de defensa, en fin. Espero e imagino; vuelvo a beber. Hubo una época donde cada mañana me acompañaba una delicada infusión de manzanilla que yo bebía con desesperación. En esos días la eternidad dormía conmigo y despertaba sedienta de oro. Ahora solo bebo té.

Dicen que a veces tienes que romper las cosas si quieres ver a dios en ellas. Lo leí en una revista, nunca terminé de

entenderlo: estoy viviendo en una grieta pero aún no logro ver nada. Amnesia transitoria y periódica, un estado de fuga. Nadie tiene respuestas, continúo pensando. Después del té vinieron las películas; pasé meses sin ver algo y ahora miro la misma una y otra vez. *Pienso en el final*, podría jurar que esa frase es genuinamente mía, que el perro sacudiéndose en la sala es mi Luna dando vueltas, o que el vaso gigante de helado es el anuncio que acabo de ver en la televisión. El lunes el escenario era una granja, hoy es una escuela y sé que mañana será la ciudad. Nada se mueve excepto las marcas en tu cuerpo. Por más que la vea, esa no es mi historia, sus escenas no me pertenecen aunque trate de esconderlas en lo más profundo de mi cabeza. Se borrarán sin remedio pero quizá su resplandor regrese alguna vez, concluyo suspirando.

Despierto con ganas de té. Sobre mi cabeza revolotean cientos de aves, soy un árbol en medio del clima cálido del bajío. El mar con aroma a jamaica entrando en mi cuerpo. Oro, banquetas, manzanilla y sal. Cables y cometas. Títulos, canciones, lugares olvidados, lluvia. ¡Esta es mi mano! Fragmentos de terciopelo color frambuesa, centellas azules rompiendo los cables y una calaverita que resguarda las ruinas de una civilización. Espectros radiantes. Fantasmas rondando mi cama, duendes y demonios. Un triángulo de espejo colgando de la pared y olor a pan en la cocina; un nuevo día que nace. Le doy un último sorbo a la taza.

La forma del fuego, impresión del diario amoroso de Anaïs Nin

El diario es mi forma.

Anaïs Nin

Un diario no es tanto un combate al olvido como la resistencia de unos cuantos a ser consumidos por el mundo. La memoria está después. Quizá a lo que aspiramos en el fondo es a quemar la tempestad y destruir los recuerdos al ponerlos sobre el papel como si de verdad al hacerlo pudieran existir. Porque nada en el fuego permanece. Y, sin embargo, hay quienes creemos en él.

Anaïs, un resto de ceniza adherida al cielo; Anaïs, la grieta en el humo. En los bordes de sus diarios hay un universo hecho de fragmentos y no fragmentos de cotidianidad. “Sólo creo en el fuego”, dice y las letras empiezan a arder en un acto mágico: bajo el nombre se asoma la verdad. Es cierto que no hay absolutos ni líneas divisorias, sino abismo. Escribir así es caer en él, bajo un beso o sobre el sol. Un banquete de brazos y piernas ajenas, con el sabor a muerte en la boca; todo por un atisbo de luz.

El diario es un pedacito muy pequeño de cristal con un ojo dibujado, el frío exterior obliga a ver a través de él con los párpados cerrados y a deshacernos de la ceguera:

“¡Devolvédmela!”, grito con ella. Mis ojos se acoplan a la irrealidad, no en la medida de la imposibilidad sino de la novedad; descubro el espacio desde arriba.

Anaïs, imperio de viento; Anaïs, latido matinal. En el contorno de sus letras se gesta un movimiento primigenio y salvaje que nos recuerda cuando fuimos lumbre y no el calor que otros vieron. “Se trata de arder” escribe y no es la cera que nace en mis manos, sino un terciopelo muy fino color de frambuesa el que me arde. Tampoco hay muerte que no sea una frontera vencida, sino rutas para huir del hielo. Vivir así es desvanecerse el nombre para inyectarse en la boca la sangre de otra noche. Un banquete de sueños y besos ajenos que cicatrizaron en nuestros ojos con el color de un cielo enfermo; todo por un poco de sol.

Los diarios son los trazos inconclusos que se funden con el espacio, el tiempo, lo cotidiano y lo irracional. Cuando abramos los ojos después de leer, otros nos mirarán: “Esos ojos no te pertenecen, ¿de dónde los has tomado?”. Las manos, el baile, los cuadernos, la piel quemada, el ambiente de París, Henry, Otto, June, Hugh, Gonzalo e incluso el olor de la madera; en el fuego esos son nuestros restos, somos todo: el diario es nuestra forma.

Nacho Vegas, de la enfermedad a la ternura

Estar enfermo no es algo de lo nos enorgullezcamos, pero tengo la sensación de que muchas veces nos avergonzamos de ello. Sobre todo si se trata de padecimientos poco comprendidos, como la depresión y la ansiedad, aunque eso sí, muy comunes. Quizá sea nuestro contexto, la cultura o en general las estructuras en las que vivimos, lo cierto es que no hay más remedio que aceptar la responsabilidad por nosotros mismos y seguir, siempre seguir, así sea arrastrándonos como dice Nacho Vegas en “El don de la ternura”.

Es fácil olvidar que estamos solos, irremediablemente, pero también que no lo estamos. Vamos de la soledad a la compañía sintiéndonos ajenos a nosotros en una u otra, como una ráfaga de viento libre, pero sin dirección. Cuando hay un desequilibrio en la forma en que vemos nuestras relaciones con el mundo, se altera la percepción de algo que es una misma cosa. Lo individual y lo colectivo son parte de nosotros, pero no siempre lo vemos así. Hoy en día es bastante común sentirse desconectados de la realidad; el ritmo de vida, las expectativas que se vierten sobre nosotros, los miedos e inseguridades, la soledad y la incompreensión nos han llevado a una especie de vacío que asociamos, por ejemplo, con la enfermedad.

Pero quizá la verdadera causa de todo esto sea mucho más profunda. He estado tratando de hallar una explicación, pero

no sé cómo hacerlo sin teorizar algo que para mí ahora solo puede ser subjetivo. El mejor ejemplo que encuentro para tratar de entenderlo es Nacho Vegas; a lo largo de su trayectoria musical ha ido pasando de un contenido íntimo y personal a uno de protesta social, pero en realidad esta última ha estado presente desde sus primeras canciones.

Y yo no lo entendí hasta hace unos días, cuando asistí al concierto que ofreció en el Teatro Metropolitán de la Ciudad de México. Me costó muchísimo no sentir los estragos de la ansiedad en un sitio donde todo es expectativa, movimiento e interacción, pero fue aún más la desazón de no poder sentir nada, de aceptar que nada me unía a quienes estaban ahí por las mismas razones que yo. Y es que mucho tiempo creí, egoístamente, que la música me pertenecía y que nadie podía vivirla como yo. Me pasé la noche buscando un rostro a quien culpar por lo que sentía o lo que no lograba sentir.

Llevo ocho años y medio viviendo en una tumba. Busqué de todas las maneras posibles purgar los pecados que creía eran la causa de mi malestar; he cometido errores, muchas veces elegí el dolor antes de enfrentarme a la nada, o a mí; he cambiado y le he dado lo mejor a las personas que amo, aunque eso implicara o me impidiera pensar en mí; he culpado a mi padre, a mi madre, a todo aquel con quien compartí directa o indirectamente esta tristeza. Pero en realidad nada de eso me ha dado paz, sigo despertando como si sobre mi cabeza pesaran diez toneladas de asfalto, cada mañana, durante ocho años y medio ha sido así.

Puede que detener el tiempo sea posible, pero no si nos hallamos en la trampa mortal de melancolía que narra Nacho Vegas en la canción “Ocho y medio”: ahí no existe la razón, no hay lógica y todo duele. En un primer momento de

la enfermedad nos concentramos en las cosas que vamos perdiendo hasta que dejamos de reconocernos y a pesar de saber que tendríamos que pedir ayuda, nos limitamos a observar el desastre y sentir. No hay después.

Nada es personal, nada nos pertenece, incluso compartimos la falta de fe y el cansancio que nos hace ir por la calle con los hombros caídos o ir al concierto de un hombre que va a dar un espectáculo de su propio dolor. Si alguien tiene la culpa no soy yo ni quien está a mi lado o arriba muy lejos de mí coreando sus canciones favoritas; no, la culpa es de una enfermedad hace tiempo instalada en nuestras mentes. No obstante, y sorprendentemente, hay algo que no hemos perdido, que como bien dice Vegas es el don de la ternura.

¿Qué pasa cuando logramos mirar alrededor y nos damos cuenta de que no somos los únicos, pues vivimos en una ciudad que parece empeñada en volvernos seres oscuros? Creo que una de las claves para sanar es lograr actuar, aunque no siempre es fácil, hacerlo puede tomar años. Salir de uno mismo y darse cuenta de que hay otros como nosotros es algo que parece obvio, pero no lo es y cuando logramos verlo, también podemos vernos desde otra perspectiva.

Esa es la lucha que narra Nacho Vegas en “Ciudad Vampira”, y la victoria se resume en una frase: “Yo me creía muerto, pero hoy sé que estoy vivo y que concibo otro lugar”. Y a eso, creo, ha ayudado la “nueva normalidad”, la vuelta a las calles y a la interacción, a sentir a menos de dos metros las emociones de quienes han vivido sus propias muertes, su propia angustia, su propio abandono.

Nacho Vegas siempre le ha cantado a esa parte oscura del ser humano, pero también a la luminosidad que nunca nos han hecho perder. Porque todos habitamos el mismo mundo

en destrucción y todos hemos estado convencidos alguna vez de que es imposible movernos. Y es que en cierto sentido todos estamos solos, aunque también hay pequeños destellos de conexiones con otros. No hay mejor manera de comprobarlo que cuando nos volvemos parte de una masa, sobre la cual puede decirse mucho negativo o positivo, por ejemplo, la toma de conciencia de que somos algo más que la enfermedad o el hastío de las mañanas.

Al final sí me sentí comprendida cuando cientos de voces entonaban los versos de “La pena o la nada” y aseguraban que entre el dolor y la nada también habían elegido el dolor; o cuando alguien más comprendió la frase de esa icónica “La gran broma final”: “cuando no es posible ser feliz y te asustas como un animal”; o cuando todos gritamos en “El hombre que casi conoció a Michi Panero” con un impulso animal y como seres que casi son, que le rezamos a un dios que nos prometió que cuando esto acabe no habrá nada más...

En tanto, estamos aquí, heridos y de pie, somos capaces de perdonar, de pensar en los demás, de marcharnos cuando hacemos daño, de cuidarnos a nosotros mismos abrazando esa enfermedad; de saber que sí, como es arriba es abajo ¡y qué verdad! Y así como hubo un Big Bang, vendrá el Big Crunch, que nos encontrará llenos de cicatrices, pero orgullosos de ello y con la frente y el corazón en alto, como esa vez que cantamos junto a Nacho Vegas al vacío y a la ternura hasta que se nos quebró la voz y el mundo se derrumbó, pero a cambio obtuvimos los versos de “El don de la ternura”: “No hay victoria que sea final ni derrota total”.

Una flor entre la vía

Me asusta parecerme a mi padre en algo más que en la piel o en el cabello; mi piel, un disperso mapa que he llenado de cicatrices cuando la espuma de mi espejo no podía borrar el dolor; mi cabello, el contacto con las nubes que me gusta cortar por el placer de volver al suelo. Sin embargo, además de mi rostro femenino que en ocasiones repite una escena rilkeana y se queda entre mis manos, también porto, por mucho que me asuste, sangre densa que me impide hablar y me empuja hacia el subsuelo.

Ahí entonces brota mi voz: su aspereza masculina cubre de tierra mis ojos, y de pequeñas flores blancas los recuerdos de mi infancia.

Estas imágenes son la herencia de la sombra por la que estoy aquí, la sombra de mis padres. Tan luminosa como incurablemente oscura, femenina y masculina, una tumba sobre mi cuerpo vivo y una inocencia animal incansable.

Se podría decir que esta sombra no es completamente ni la presencia ni la ausencia de hechos, situaciones o vivencias en la realidad, sino quizá, parafraseando a Leonard Cohen, la materialización del mundo en la carne, es decir, en una cicatriz que llamamos 'yo'. Y luego, una interrogación a lo invisible o la persecución eterna de una estación fantasma entre el ser y la nada.

En los últimos días he estado escuchando *Un hombre rubio* de Cristina Rosenvinge y me parece encontrarme con ella en

un viaje hacia un lugar espectral y remoto, cuyo origen es la figura de nuestros padres, y el destino la renuncia a ella. El disco analiza el atavismo paternal, e incluso patriarcal, desde una visión integradora, es decir, de la parte por el todo y viceversa; por ello la voz masculina y el nombre genérico del título, que me parece le dan un alcance muy profundo.

Con ello Cristina logra tocar un punto que solemos desterrar de nosotros porque quizá naturalmente tendemos hacia lo luminoso, hacia la seguridad y hacia lo concreto. Buscamos la tierra por las flores, pero no nos gusta ensuciarnos. No nos gusta saber que llegaremos a comprender a nuestros padres algún día; queremos con todo alejarnos si su presencia ha sido negativa en nuestras vidas.

Por eso digo que me asusta parecerme a mi padre en algo más que en lo físico aunque lo que tengo de él sea mucho más, cuestiones tan simples como mi inclinación hacia el silencio se han vuelto trascendentes y tan negativas como positivas. Precisamente este tránsito entre estados diferentes es lo que nos hace ser capaces de movernos y avanzar abarcando visiones distintas a la de un sólo 'yo' y un tiempo rígido como una carretera.

Incluso la estructura del disco me hace pensar en que la propuesta de replantearse un orden distinto va mucho más allá del simple cambio de ciclos, pues crea un espacio similar al de un grabado de M.C. Escher, como una dislocación del mundo. La canción de inicio "La flor entre la vía" lo ejemplifica a la perfección, sí, un inicio desde el final, pero además desde abajo porque la flor que nace atraviesa la vía en vertical, un sentido distinto al de la naturaleza de ésta.

También creo que esa imagen es significativa por nuestra naturaleza terrenal que tiende hacia el cielo, no obstante

estemos anclados al mundo por fuerzas intangibles. Mi cabello crece buscando el suelo y yo le impido alcanzarlo aunque con ello también me aleje de las nubes; afortunadamente por más que lo corte volverá a crecer y yo empezaré de cero cada vez que sea necesario.

Mi afán con todo esto es tan claro como una cortina de gasa, busco el estambre de la flor y su encuadre con el exterior; como Cristina, respeto el legado de renuncia de mi padre y sin embargo, quiero la plata de una lágrima que cae hacia arriba, tiempos y espacios circulares paralelos que atraviesen el concreto de mis tumbas y me hagan comenzar el viaje siempre, no importa cuántas veces lo repita, siendo una flor entre la vía.

Índice

Introducción	7
Edvard Munch ante la muerte	9
Tríade	11
Movimiento y amor.....	13
Narrarse a partir del otro, un acercamiento a Henry Miller.....	15
Los retratos en la pintura de Juan Soriano	17
La hora del té	21
La forma del fuego, impresión del diario amoroso de Anaïs Nin.....	23
Nacho Vegas, de la enfermedad a la ternura	25
Una flor entre la vía.....	29



Espinas se terminó de editar, en versión electrónica,
en marzo de 2022 en las instalaciones de
Fuego Ediciones.

Los textos que integran *Espinas* difícilmente podrían clasificarse como verdadera literatura o escritura académica, ya sea por la libertad formal o por su carácter íntimo, sin embargo, los reúne como parte de una misma entidad la inquietud innata sobre temas como la enfermedad, la libertad, las cadenas, los ritos y las expresiones que llevamos a cabo para tratar de descifrar quiénes o qué somos.

Estas cuestiones buscan respuesta en una serie de ensayos y relatos que fueron hechos con propósitos muy diversos, pero que guardan una relación sanguínea evidente y forman un ciclo que nos lleva de la enfermedad, pasando por los ritos donde buscamos respuestas y acabamos encontrando dioses, hasta el florecimiento de la escritura del sí mismo, que es también el otro.

El proceso que plantea este libro es el del reconocimiento, el de la conformación de un cuerpo a partir de palabras, el de la búsqueda y el coraje de sobrevivir a todo aquello que nunca comprenderemos; es una invitación al viaje, a arrancarse las espinas que poco a poco van cubriendo nuestra esencia para resguardarla. En suma, busca ser el comienzo de un nuevo ciclo para que el lector reconozca sus propios agujijones y los abrace.

ISBN 978-987-25620-2-1



9 789872 562021

 FUEGO
EDICIONES